

MUNDOS | IMAGINARIOS

**Theodore
Sturgeon**

Cuerpodivino



Prólogo de
Manuel Vicent

Ésta es la última novela de **Theodore Sturgeon**, a la que dedicó dieciocho años de trabajo y no quiso publicar en vida. *Cuerpodivino*, un personaje misterioso, una especie de mesías, llega a un pequeño pueblo rural y su presencia va cambiando la vida de las personas que se le acercan. En ocho capítulos narrados en primera persona por otros tantos habitantes del pueblo, conocemos las más secretas miserias de esos seres y asistimos a su transformación, producto de una nueva sensibilidad: el sexo es amor, es religión.

«Recomiendo este libro sin reservas. No sólo te dará placer: te enriquecerá». —Stephen King

«A veces, la última obra de un artista, publicada tras su muerte, es la cima de su arte, el resumen de lo que había estado contando al mundo durante toda su vida. Con *Cuerpodivino*, Theodore Sturgeon logra esa expresión suprema... Léela, disfrútala, reléela, dásela a alguien a quien ames. Es nuestra última carta de amor de un hombre que nos ama a todos». —Robert A. Heinlein

PRÓLOGO

LA MÍSTICA COMO FICCIÓN

Ésta es una novela de misterio, si se entiende por misterio el arcano religioso por el que uno se introduce en un mundo inaccesible a la ciencia pero no a la fe o a la ficción, que en este caso es la misma materia literaria. En la primera fase del cristianismo, cuando los ritos agrarios llegados de Egipto se funden con la idea de un Mesías Redentor que aporta el judaísmo, se establece un caudal onírico de gran profundidad. Puede que sea esta novela, *Cuerpodivino*, de Theodore Sturgeon, la única que se ha servido de ese misterio sagrado para elevar el género de ciencia ficción a un nivel místico.

Algunos habitantes de un pequeño pueblo norteamericano ven alterada su vida durante un solo día, un viernes indeterminado, por la aparición de un personaje misterioso dotado de un poder sobrehumano. En la religión cristiana el Cuerpo Místico es una fundición de todos los seres creyentes en una unidad que es movida por un único latido sexual, mágico, sensitivo. Tal vez los habitantes de ese pueblo que se agitan dentro de la rutina diaria y anodina estén íntimamente intercomunicados aunque ellos lo ignoren. Sólo falta que se presente un elemento catalizador para que esa sinergia funcione. ¿Existe algo más erótico que un Cuerpo Místico? ¿Existe un extraterrestre más lejano y a la vez más íntimo y palpitante en la inmediata oscuridad que el Cuerpodivino de un resucitado? Con estos elementos trabaja Theodore Sturgeon para trabar un relato de ciencia

ficción que es a la vez un juego religioso, morboso, lleno de misterio.

Se supone que ese viernes indeterminado fue cuando Jesucristo murió crucificado. Según el Evangelio, antes de resucitar, este Héroe pasó tres días en el infierno. No es difícil imaginar que en esta novela de Sturgeon el infierno ha sido sustituido por ese pequeño pueblo norteamericano y que Jesucristo es ese Cuerpodivino, el personaje desnudo, ancho, chato y pelirrojo que se le aparece al pastor protestante, Dan Currier, sentado al borde de un camino.

Los habitantes de ese pueblo, un pastor protestante, su mujer, un psicópata violador, una pintora extranjera, una periodista especialista en chismorreos, una muchacha que no ha destacado en nada, un pequeño banquero y un policía corrupto relatan su experiencia en primera persona formando los ocho capítulos del libro cuyo conjunto es una urdimbre de pasiones vulgares que se redimen gracias al contacto que establecen con el misterioso Cuerpodivino. Se trata de una fantasía mágica, erótica, religiosa.

El ágape platónico era un banquete de ideas claras, incorruptibles, llenas de musicalidad de las esferas. Este relato no participa de esa estética. Para saber dónde abreva Theodore Sturgeon hay que imaginar cómo serían de turbias y oscuras, casi cenagosas, aquellas comuniones de los primeros discípulos del Nazareno recién crucificado, todavía no resucitado, cuando esperaban la glorificación sin poder distinguir el amor y el deseo de la carne.

Llegar a la mística a través del sexo es un camino ritual que han seguido innumerables exploradores. La unión con Dios tiene siempre un punto de placer carnal: hacer de esa encrucijada un relato de fe o de ficción es la novedad de esta novela de Sturgeon. No es éste un sueño convulso donde el inconsciente hierve como una sopa; tampoco se sirve aquí el condimento científico de máquinas infernales pilotadas por extraterrestres de orejas puntiagudas. Aunque por los entresijos de los ocho relatos se mueve un

Cuerpo Glorioso o Divino, se trata de un resorte muy próximo, muy íntimo de cada uno, eso que en materia de fe se suele llamar experiencia religiosa o carnal.

Cuerpodivino es la expresión del mito de la unión y salvación a través de un cuerpo amado que no es distinto de uno mismo. La muerte y resurrección de Cristo ha sido transformada en un rito fantástico y pagano, lleno de resonancias y percepciones cotidianas, sin que por eso el lector deje de descubrir un mundo inédito.

MANUEL VICENT

Madrid, mayo de 2000

DAN CURRIER

Puede ser que después de todo este tiempo, y después de todo lo que ha ocurrido, no recuerde aquella primera vez como de verdad fue. Quizá la recuerde cómo debiera haber sido; todos hacemos eso a veces. Lo que agregué, si es que agregué algo, fue el toque adecuado; el recuerdo es perfecto:

Media mañana, finales de la primavera en los montes Catskill y la niebla que se disipaba pero dejaba un verde subacuático, fruto del nuevo e intenso verdor que la estación ponía en los árboles. Una vieja y rota cerca de piedra, entre verde y gris, y en el cruce de los dos caminos estaba él sentado. En aquel universo verde sólo él era rojo, sólo él era rojos; un fino cabello naranja cobrizo le caía hasta los lóbulos de las orejas, y las mejillas chatas recogían de las franjas de sol un rojo de melocotón maduro, rojo dorado en la pelusa del pecho y del bajo vientre. Estaba allí sentado como si no tuviera huesos, cómodamente encorvado y con el mentón acostado en la clavícula.

Y —quizá ésta sea la parte que he agregado, pero la tengo grabada como un recuerdo verdadero, y me gustaría pensar que ocurrió así— alrededor de aquella cabeza volaba un círculo de mariposas blancas que adquirían un pálido, pálido color verde manzana en aquella luz, contrastando de manera asombrosa con aquel pelo. Detuve el coche. No creo que lo hiciera porque él estuviese desnudo.

No me pude contener y le grité:

—¡Oiga!

Con rapidez, pero sin sobresaltarse, el hombre levantó la cabeza y abrió los ojos; después, como parte de una secuencia fluida, sin detenerse en ningún momento, apoyó las manos en las piedras y se levantó y saltó de la cerca, aterrizando con suavidad y ya en marcha. Al caminar, su cuerpo avanzaba como si fuera sobre rieles, sin balancearse como hacemos casi todos los demás. Si aquellos hombros fueran un poco más anchos, serían demasiado anchos; si aquel cuerpo fuera un dedo más chato, sería demasiado chato. No hacía nada por taparse la desnudez y tampoco la exhibía; no le daba la menor importancia. Cuando salió al camino las mariposas desaparecieron en el bosque.

Entonces: aquellos ojos. Ahora recuerda; en todo lo que has leído u oído sobre Cuerpodivino, ¿alguien ha usado un nombre de color para describirle los ojos? A alguien con aquel color de pelo le dicen pelirrojo, pero los pelirrojos no tienen el pelo rojo; lo tienen naranja o cobrizo o rubio castaño, y uno no puede decir con razón que aquel hombre tuviese ojos rojos. Canela, quizá, pero eso es demasiado marrón. El jerez es demasiado amarillo, el rubí es demasiado rojo. Todo lo que uno puede decir es que aquellos ojos eran de un color intenso y cálido. El hombre se inclinó para apoyar los brazos en la ventanilla abierta del coche y me miró y sonrió.

—Hola.

¿Qué podía decir yo? No lo sabía. Probé con esto:

—¿Qué estás haciendo, hombre?

El hombre lo tomó como una pregunta directa y me dio lo que consideraba una respuesta directa.

—Siendo un pájaro.

—Qué.

Ahora tienes que creerme: lo que vino a continuación fue dicho sin ánimo de causar impresión o de asustar. Fue sólo la verdad: su verdad.

—Fui pájaro durante una hora —dijo—. Te voy a contar algo sobre los pájaros. La gente anda todo el tiempo pre-

guntándose: «¿Soy hombre? ¿Soy mujer, una verdadera mujer?», mirando lo que han hecho y preguntándose si eso es lo que haría un hombre. Pero los pájaros no son más que pájaros. Lo único que *nunca* hacen es decir: «¿Soy un pájaro?».

Yo me eché a reír. Me parece que la risa que salió sonó como un balido estúpido, pero ¿qué se hace en un caso como éste? Probé con otra pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Cuerpodivino.

—Yo me llamo Currier.

El hombre se quedó allí en la ventanilla un largo rato, sin hablar. Yo seguí mirándolo porque, por algún extraño motivo, tenía miedo de no hacerlo. Empecé a sentir que tenía que moverme, así que moví los pies; si movía la cabeza rompería algo, y eso sería muy malo. No sabes a qué me refiero. Tampoco yo lo supe en aquel momento; tampoco lo sé ahora.

Al fin me tocó. Con mucha firmeza, puso la mano derecha donde mi cuello se encuentra con mi hombro. Para hacerlo tuvo que meter parte de la mano debajo de mi camisa sport. Mi reacción fue violenta pero inmóvil: ¿eso dice algo? El contacto me provocó un irresistible deseo de hacer algo, y para contenerme tensé la mandíbula y apreté los dientes. Las dos fuerzas se anularon mutuamente, y eso tuvo un costo. Entonces apartó la mano.

—¿Por qué hiciste eso?

—«Currier» no dice nada. Quería averiguar quién eres —explicó el hombre con aquel tono franco.

Volví a soltar (para mi fastidio) el balido estúpido.

—Entonces, ¿quién soy?

El hombre se enderezó y sonrió.

—Hasta *pronto* —dijo, y dio media vuelta y saltó sobre la cuneta y hasta lo alto de la cerca. Saludó una vez con la mano y se dejó caer del otro lado y se perdió de vista en el tenue verdor del bosque.

Me quedé allí un rato, como un reloj parado; era como si dentro no estuviera ocurriendo nada. Quizá aquello me iba empapando poco a poco. Entonces, con una sensación momentánea de incredulidad, me sorprendí mirando hacia la esquina del muro donde lo había visto por primera vez. Llegué a sacar la cabeza por la ventanilla para ver si aquel hombre había dejado huellas. Estaban sus palabras, sobre todo las últimas; el leve énfasis puesto en una palabra había convertido una frase hecha como «Hasta pronto» en un mensaje.

Estaba aquella mano en mi hombro. Me quedé allí sentado, tratando de resistir la tentación de levantar la mano y tocarme el sitio, pues sentía aquel contacto electrizante como si la mano estuviera allí todavía. Trataba de resistir, descubrí, porque si me tocaba podía borrar la sensación. Ojalá supiera que eso no era posible. Todavía sigue allí. Y esa resistencia me recordó otra cosa, la cosa que con tanta desesperación quise hacer cuando me tocó. Todo lo que supe entonces era que no hacer lo que quería hacer tenía un costo, un costo terrible, pero no sabía cuál era. Ahora lo sé.

En resumen: estaba muy alterado. Puse en marcha el coche y di la vuelta. Tenía cosas que hacer, gente que ver, pero lo único que quería era volver a casa y a Liza. Mientras regresaba por el torcido camino de tierra y después por la carretera y entraba en el pueblo, supongo que la gente con la que me crucé me vio más o menos como siempre; recuerdo vagamente haber saludado a alguien con la mano y haber sonreído a algún otro; pero de algún modo sabía que se había producido en mí un cambio irreversible, y lo único que podía hacer era repetirme una y otra vez aquella pregunta especial que usaba para guiarme en la vocación, y con la que juzgaba todas mis decisiones: «Me ordené pastor de Dios. ¿Qué tiene eso que ver con lo que estoy haciendo?». Por mucho que insistiera, y por mucha vehemencia que pusiera en la pregunta, no había respuesta; sólo tenían importancia mi casa y Liza, Liza y mi casa.

Recuerdo el resto de manera menos clara pero como más real; quiero decir que en mi mente no tiene la perfección cristalina que da a la primera imagen de Cuerpodivino aquella cualidad onírica. Llevé el coche directamente hasta la puerta del garaje, en el lado trasero de la casa, y entré por la cocina. Tuve un instante de irritación al oír la voz de un hombre, pero sólo por la presión de la necesidad de estar a solas con Liza. Era Wellen, a quien llamaban Hobo^[1] Wellen porque su nombre era Hobart y no por otra razón. Hobo era una de esas personas que parecen vestidas con ropa hecha a la medida aunque anden con vaqueros de confección, que tienen dientes más rectos de lo debido y cuyo pelo parece siempre acomodado por el viento en el sitio justo. Ese tipo de personas siempre me hacen sentir demasiado grande y torpe y desgarbado, y de alguna manera parecen tener respuestas fáciles para las cosas que todo el tiempo me desconciertan.

—Hola, pastor —dijo con aquella sonrisa radiante—. Pasaba por aquí a contarte un chiste y me enteré de que no estabas y que había una dama en apuros.

—Ay, querido, me alegra mucho que hayas vuelto. —Liza estaba sonrosada y tenía cara de contenta. Sobre la mesa de caballete estaban las cortinas del ventanal que daba hacia el norte—. Limpié las ventanas y Hobo trataba de ayudarme a poner de nuevo las cortinas.

—Bueno, gracias, Hobo —dije.

—De nada —dijo Hobo—. La verdad es que no pude hacer nada. Lo dejo en tus manos: tú lo podrás hacer incluso de rodillas.

Había aprendido una cosa de Hobo Wellen: jamás, que recuerde, habló conmigo sin hacer por lo menos una referencia a mi estatura. Siempre conseguía que yo sintiera que había hecho algo ridículo con eso de crecer un metro noventa, y que tendría que haber tomado alguna medida.

—Igual te lo agradezco, Hobo —dije.

—Te cuento el chiste —dijo Hobo— y después me voy.

Ése era uno de los pasatiempos de Hobo; no puedo decir que me gustara, pero aparentemente le hacía bien y era inofensivo, aunque a veces sus «chistes» no eran divertidos y a veces hubiera preferido que no los contara delante de Liza. Pero si uno es pastor acepta todo eso. «Es capaz de tomarse un trago con todos nosotros y contar una historia», dicen de algunos pastores o sacerdotes, y se supone que eso los hace mejores para su trabajo. Yo no hago ninguna de las dos cosas, pero igual me descubro escuchando, incluso en momentos como ése, cuando quería con desesperación estar haciendo otra cosa. Esa vez el chiste era sobre un avión y la voz del capitán anunciando que se han parado los motores y que el avión se va a estrellar. Pánico inmediato, y entonces una persona grita: «¡Que alguien haga algo religioso!», ante lo cual un caballero que está en la parte delantera del avión se levanta, se quita el sombrero y echa a andar por el pasillo recolectando dinero. Liza sonrió y yo la imité como un mono y di a Hobo una palmada en el hombro. Ésa era la otra cosa que tenían sus chistes: siempre se ensañaban de manera indirecta con la Iglesia.

En cuanto Hobo Wellen se hubo marchado sentí la presión de la mano de Liza en mi brazo, y me di cuenta de que me había quedado mirando la puerta por donde él acababa de salir. La presión me decía que había sido un largo momento de parálisis; qué había pasado por mi mente durante ese rato, no lo sé. Una creciente, ascendente presión de algún tipo, sí, pero ¿una presión de qué? ¿Deseo, amor, asombro, acaso ira? ¿Por qué ira? Y un temor con muchos rostros, entre los cuales no faltaba la certeza de que ya nada sería igual, nunca más, que estaba en la frontera de un nuevo país con un largo viaje por delante. Esa parte del miedo no era tanto la certeza de encontrar peligros en el camino, aunque sabía que era inevitable, pues no desconocía que también habría descubrimientos, entusiasmo, enriquecimiento; era el miedo al cambio, un miedo muy espe-

cial que quizá ni siquiera era miedo, pues ¿acaso la vida no es cambio? Entonces ¿por qué temer la vida?

—¡Dan!

Al fin la miré; le agarré los codos y la miré a la cara, a la querida cara. Liza es una de esas mujeres que despiertan la envidia y la desesperación de todas las demás mujeres de su edad; siempre había parecido, siempre parecería más joven de lo que era y más joven que todas ellas. No era sólo el cuerpo pequeño, esbelto y firme, y la piel suave, y los ojos claros; era el porte, la manera en que al moverse o al hablar liberaba energía en vez de acopiarla y regatearla como los demás. Tenía el abundante cabello negro azulado recogido en un lustroso casco oscuro, y sus ojos no eran verdes, como parecía, sino de un azul iluminado por tantas motas doradas que parecían verdes.

—Dan... ¿qué pasa?

¿Qué es lo que impulsa a un hombre a hacer las cosas que hace? A veces lo sabe antes de hacerlas, a veces lo sabe en el momento; pero ¿y las veces que actúa sin saber por qué, sin entender ni siquiera después? Liza estaba asustada, y en vez de tratar de consolarla o entenderla o darle explicaciones, miré cómo mis propias manos adquirían vida propia y subían a quitarle las grandes agujas del pelo para que le cayera sobre los hombros y la espalda.

—¡Dan!

¿Por qué no la consolé, por qué no busqué una sola palabra que detuviera el terror que estaba naciendo en aquel rostro? ¿Acaso me gustaba? ¿Dan Currier, que cuando cometía la torpeza de herir a alguien, aunque fuera en grado mínimo, hacía esfuerzos casi obsesivos para consolar a la persona herida? ¿O era la certeza de que lo que iba a ocurrir compensaría mil veces cualquier angustia pasajera?

Ella trataba de decir algo: «Dan, no sé qué estás pensando. Si piensas que yo, si piensas que él... suéltame. ¡Suéltame!», o algo parecido. La besé, le tapé las palabras y el aliento con la boca. Sus ojos, inmensos y cercanos, eran

tan grandes que yo y una docena como yo podríamos tropezar en ellos y ahogarnos; yo tropecé y me ahogué. Cuando la solté, lloraba; la había visto llorar muchas veces pero nunca así, salvo quizá aquella vez en la montaña rusa y aquella otra cuando estuve en el accidente y la radio anunció que había muerto y se equivocaron y entré por la puerta sin un rasguño.

—Ven —dije.

Me acompañó de manera voluntaria, desconcertada, hasta que se vio al pie de la escalera, y entonces se resistió: no mucho, pero hasta ese poco hizo que algo me estallara dentro. La levanté como a una muñeca y subí corriendo las escaleras de dos en dos y atravesé la sala de arriba como si mis pies, de algún modo, no tocaran el suelo; pero estábamos en la parte superior de un arco, arrojados por una fuerza inmensa. La cama era una llamarada de oro a causa del sol que entraba por las dos anchas ventanas; sobre ella no había nada más que una sábana, y la dejé caer o la arrojé allí. Liza rebotó, gritó; le apreté la muñeca y tiré hasta sentarla y le rompí los primeros dos botones de la suave chaqueta vaquera, después levanté la parte inferior y se la saqué por encima de la cabeza. Debajo no llevaba nada, lo cual fue para mí una enorme sorpresa; no lo sabía: ¿cómo iba a saberlo? Le pegué en el hombro con la base de la mano y cayó de espaldas; le rompí la pretina como si fuera un hilo y le arranqué la falda. Sus sandalias habían desaparecido por el camino, y allí estaba, desnuda bajo aquella luz gloriosa. No era, por supuesto, la primera vez que la veía desnuda, pero yo nunca me había permitido mirarla, mirarla de verdad, y mientras me quitaba la ropa —pareció llevarme una eternidad, pero no debí de tardar mucho porque me rasgué la camisa y forcé la cremallera del pantalón hasta la mitad; junto de mis calcetines, descubrí después, seguía dentro del zapato!— la sujeté a la cama dentro del círculo de mi visión, controlando su mirada con la mía. Yo respiraba profunda pero no rápidamente, cosa rara, mientras

el aliento de ella iba y venía como un pulso, haciendo y deshaciendo sombras entre las costillas y los magníficos y tensos huecos a los lados del vientre. Y mientras la sostenía, y la veía allí con los brazos cruzados sobre los pechos y las caderas un poco ladeadas, una rodilla levantada para ocultarse, algo mío —una exigencia que no era cólera pero que se parecía mucho a la furia— extendió unas manos invisibles y apartó aquellos brazos de los pechos y apretó las manos pequeñas y fuertes contra la sábana, hizo girar las caderas, estiró la pierna. La luz del sol (en ciertos momentos uno saca fotografías en la mente) entraba oblicua en el vello del montículo entre las piernas de Liza y teñía debajo la piel, haciéndole irradiar aquel claro color crema: una maravilla. Todo era una maravilla, aún en la violencia y la velocidad del propio acto, detenido para siempre en la mente, preparado después para ser eternamente recuperado, fascinante, increíble.

De repente yo estaba encima de ella, y todo era nuevo: nunca antes a la luz, nunca antes con prisa, nunca antes con los ojos y sin taparnos, nunca antes aquella suave abertura para mí, aquella carga y aquella zambullida sin obstáculos, pues con Liza siempre estaba aquel juego paciente de roces y presiones y lenta entrega; si me movía con demasiada rapidez estaba seca y la lastimaba. Su puerta estaba totalmente húmeda y receptiva... deseando, lo que también era una gloria, porque nada, nada, nada en la tierra podría haber impedido mi embestida profunda y total en ese momento. Entonces hubo otra novedad: Liza gritó.

Gritó con fuerza... ¿Qué era lo normal entre nosotros? Nos amábamos, Liza y yo, y ella nunca se me negaba. ¿Quién me había dicho que yo debía prolongar nuestra negación todo lo posible, y que cuando se transformara en presión hiciéramos lo necesario rápido y en la oscuridad, y aunque nos abrazáramos y nos gustara, no hablar nunca del tema, ni antes ni después? Y durante... nada de ruidos. Una vez —lo recuerdo de manera especial porque fue la prime-

ra—, cuando llevábamos un mes casados, Liza jadeó y contuvo el aliento, y fue como si mágicamente tuviera dentro unas manos pequeñas, agarrando mi órgano y apretándolo rítmicamente. Cuando eso terminó, soltó el aliento con un silbido largo, mientras su corazón me golpeaba el pecho como algo encerrado y frenético. Por mi parte, me exigí un control que me hiciese callar al llegar al clímax; si me sorprendía respirando más rápido, respiraba más hondo hasta que se me pasaba. Eso, normalmente, duraba tres o cuatro minutos —a veces mucho más si yo estaba cansado o preocupado—, y era en esos momentos cuando llegaba a sentir aquella extraordinaria presión dentro de ella, como de manos pequeñas; entonces controlaba su reacción. Pero ahora... gritó.

Gritó, y allí estaba Dan Currier, obsesivo consolador profesional: un grito merecía atención, había que parar la aflicción del dolor y consolar al sufriente. Eso es todo lo que yo era y para lo que estaba hecho. Pero entonces, ante mi primera embestida a fondo, milagrosamente rápida y fácil, ella gritó, y me retiré casi del todo y arremetí de nuevo, tan profundamente y con tanta fuerza que me magullé el hueso del pubis contra el suyo, y ella volvió a gritar, más fuerte. Claro que había dolor, un tremendo impulso de carne dentro de carne y de hueso contra hueso, y mi enorme peso encima y mis grandes brazos apretando y arrancándole el grito. Cómo lograba, entonces, aspirar suficiente aire para hacer lo que hacía, no lo puedo explicar, pero gritó una y otra vez, cada grito como el punteo de una cuerda, un sonido agudo que después se iba debilitando, cuatro, cinco... siete, perdiendo intensidad. Y con cada grito, aquella increíble presión interior, más fuerte y más potente que todo lo que había conocido, hasta advertir que las primeras veces no la había *sentido* sino apenas notado.

Finalmente calló, empapada de sudor de la cabeza a los pies. Le saqué mi peso de encima apoyándome en los codos y colocándole las manos a los lados de la cara y traban-